

CÓMO Y POR QUÉ ME HICE LIBERAL

Mensaje de Mario Vargas Llosa en ocasión del décimo aniversario del Centro para Renovación Económica, Crecimiento y Excelencia (Centro CRECE), celebrado el 10 de noviembre de 2023 en Puerto Rico

Ante todo, agradezco mucho a la fundación CRECE, y en especial al Presidente de su Junta Directiva, el ex gobernador de Puerto Rico, Luis Fortuño, por esta generosa invitación a compartir con ustedes algunas reflexiones y recuerdos sobre el liberalismo desde una perspectiva muy personal.



Desde la primera vez que vine a Puerto Rico, en 1969, he sentido mucho cariño por esta isla, donde tengo muchos amigos (en realidad, debería decir “tenía” porque el implacable paso del tiempo, lamentablemente, se los ha ido llevando) y cuyos escritores he leído con gusto y admiración en distintas épocas de mi vida. En ese primer viaje, invitado por la Universidad de Río Piedras, quedé tan impresionado con Puerto Rico que me quedé varios meses más de lo previsto. Desde entonces, he regresado algunas veces y a la distancia he seguido seducido por sus encantos, incluida su manera de hablar el español, su dualidad cultural, su intensa y vibrante vida democrática, y preocupado, por supuesto, periódicamente, por sus dificultades económicas y sus conflictos políticos. Pero en esta visita no he venido a hablarles a ustedes de su isla, es decir de lo que saben y conocen mucho mejor que yo, sino de mi tránsito al liberalismo, hace ya muchísimos años, y de lo que significa para mí esta doctrina o conjunto de valores e ideas.

Me precipito a hacer una aclaración, aunque pueda parecer innecesaria. En el mundo anglosajón, por una razón compleja que no viene al caso discutir ahora, la palabra “liberal” tiene unas connotaciones distintas de las que tiene en América Latina y en Europa, y en cierto sentido --por ejemplo, en lo que respecta a la visión económica-- puede decirse que significa casi lo contrario. No tendría por qué ser así, pues se trata de una palabra y un concepto evidentemente relacionado con la libertad, y desde su origen, en las Cortes de Cádiz, a comienzos del siglo 19, donde aparentemente se utilizó por primera vez la palabra, el significado fue claramente el de la defensa del individuo frente al poder excesivo del Estado y la igualdad ante la ley, el Estado de Derecho y el conjunto de principios que protegen a la persona –su vida, su libertad, su propiedad –frente a cualquier abuso. En todo caso, el liberal que yo soy entiende esta palabra en el sentido que le damos en América Latina y Europa, y que, en el mundo anglosajón, para evitar confusiones, los liberales emparentados con nosotros suelen atribuir a la definición de “liberal clásico” (“classical liberalism”).

Debo empezar mi recorrido por recordar que en cierta forma nació a la conciencia política, como tantos latinoamericanos, con un golpe de Estado. Me refiero al que se dio en el Perú en 1948, cuando yo tenía doce años y estudiaba en el colegio la Salle de Lima. En octubre de ese año, el general Manuel Apolinario Odría se sublevó, junto con la guarnición militar de Arequipa,

mi ciudad natal, contra el Presidente José Luis Bustamante y Rivero, que había sido elegido democráticamente en 1945, y estableció una dictadura de ocho años (conocida por eso mismo como "el ochenio") que marcó a toda mi generación. Bustamante, un jurista elegante, bien hablado y apegado a la legalidad, era pariente de mi familia materna y muy querido y respetado por todos nosotros. Su defenestración violenta devolvió al Perú a lo que el poeta Martín Adán llamó "la normalidad", es decir a la dictadura, el tipo de régimen bajo el cual había vivido el país la mayor parte del tiempo desde su independencia, en el siglo 19. Bajo Odría, yo y mi generación pasamos de ser niños a ser adolescentes y luego adultos, de tal modo que cuando, en 1956, la dictadura dio paso a una transición democrática, yo llevaba casi tres años estudiando en la Universidad de San Marcos, en Lima, combinando mis estudios con distintos trabajos, y hasta me había casado con mi primera mujer.

Traigo a colación este episodio porque creo que en la raíz de mi liberalismo hay una aversión a todo abuso de autoridad y de poder, a toda forma de dictadura y de régimen vertical. Algunos críticos y observadores han dicho que quizá la raíz última de mi rechazo al autoritarismo nació con el maltrato que recibí de mi padre y que mi alergia al militarismo vino de mi experiencia en el colegio militar Leoncio Prado, lo cierto es que mi primer encontronazo con el autoritarismo en la vida política vino con el golpe de Odría y su dictadura, a la que dediqué, años más tarde, mi novela "Conversación en La Catedral", que se propuso mostrar el efecto corruptor, degradante y perverso que tienen ese tipo de regímenes en el conjunto de la vida social e incluso la vida privada.

A mediados de los años 50 yo ingresé, como he mencionado, a la Universidad de San Marcos, que era no sólo la más antigua sino también la más popular, con muchachos de distintos estratos sociales, y que en por aquellos tiempos era conocida por ser un foco de resistencia contra Odría tanto por parte del Apra como de la izquierda comunista. Algunas lecturas –por ejemplo, la del libro de Jan Valtin, "La noche quedó atrás"— me habían ido empujando, entre el último año del colegio y el primero de universidad, hacia el marxismo. En la Universidad de San Marcos milité durante un año en Cahuide, organización clandestina del Partido Comunista, donde aprendí materialismo histórico y materialismo dialéctico, pero donde también descubrí que había en mí algo que se resistía a aceptar el dogmatismo que reinaba en esa organización y en general en el partido. En particular, me rebelé contra el realismo socialista, es decir contra el dogmatismo cultural, lo que me trajo algunos enfrentamientos con mis compañeros, uno de los cuales llegó a decirme "camarada, usted es un sub-hombre". Yo ya era un voraz lector y tenía una incipiente vocación literaria, y la idea de que me impusieran una visión rígida, esquemática, de la literatura y la cultura iba contra todos mis instintos, a pesar de que yo era solidario con otros aspectos de la organización e incluso participé en una gestión que se hizo ante el Director de Gobierno, el temible Esparza Zañartu, jefe de la represión de Odría, para aliviar las condiciones en que tenían presos a otros estudiantes. Mi vocación literaria, mi rechazo instintivo del autoritarismo y algunas lecturas, como la de los libros de Jean-Paul Sartre, cuyas ideas sobre lo útil que podía ser la literatura para combatir el subdesarrollo y su confianza en que la palabra era una forma de acción me sedujeron, quizá me salvaron del Partido Comunista porque lo cierto es que dejé Cahuide después de un año. No me atrevería a decir que ya había en mi un espíritu liberal, pero sí que el fanatismo y el dogmatismo me resultaban asfixiantes.

No abandoné, sin embargo, los ideales socialistas. Al contrario, la Revolución cubana, con su promesa de socialismo en libertad, me había devuelto la fe en ellos, de manera que a comienzos

de los años 60, estando ya instalado en París, seguí identificado con la izquierda y esperanzado en que Cuba inspirara en toda América Latina una ola de reformismo progresista que nos permitiera abandonar el subdesarrollo. Era un lector habitual de "Le Monde", el periódico emblemático de la izquierda, aunque los fines de semana compraba a escondidas, con un poco de vergüenza, "Le Figaro", el periódico de derecha, para leer las columnas de Raymond Aron, la gran figura liberal de los intelectuales franceses, que me fascinaban por lo bien escritas que estaban, por la inteligencia de su autor y porque siempre había en ellas ideas que me hacían reflexionar. No sospechaba entonces que tiempo después Aron se convertiría en uno de mis autores liberales de referencia y que en lugar de tener una relación adúltera con sus ideas la tendría más bien conyugal.

Mi relación con el socialismo castrista fue, durante unos años, cercana. Hice viajes a La Habana, colaboré con instituciones culturales de la isla y defendí a Cuba de sus adversarios, pero en algún momento, hacia la segunda mitad de los años 60, empecé a sentir dudas y a cuestionarme aspectos del régimen castrista que me incomodaban. Uno muy importante era el sistema de la UMAP (Unidad Militar de Apoyo a la Producción), unos campos de trabajo forzados que surgieron a mediados de aquella década y que duraron varios años. Allí enviaba la Revolución a jóvenes de "mala conducta" para ser reeducados. ¿Qué significaba "mala conducta"? Significaba, por ejemplo, haber tratado de evitar el servicio militar por razones religiosas o ser homosexual, o cualquier cosa que se desviara de la conducta que el régimen esperaba de un revolucionario. Eran unos lugares espantosos donde se torturaba a mucha gente, o se la sometía a un tipo de encierro y opresión que en muchos casos hacía que las víctimas acabaran con problemas psiquiátricos. Fueron muchos miles los cubanos que pasaron por esos campos (el documental "Conducta impropia" de Néstor Almendros y Orlando Jiménez Leal cuenta muy bien esa historia terrible).

En 1967 y 1968 ocurrieron dos cosas que influyeron en mi decepción con respecto al castrismo y el socialismo en general. Uno fue indirecto: mi viaje a la URSS en 1967, cuando fui invitado a participar en una conmemoración de Pushkin, uno de los grandes escritores rusos del siglo 19; el otro, al año siguiente, fue más directo: me refiero al apoyo de Fidel Castro a la invasión de Checoslovaquia por parte de los países del Pacto de Varsovia bajo órdenes de Moscú. En Rusia, vieto la regimentación, la censura, las diferencias sociales, la grisura de todo, me di cuenta de que, si yo hubiera sido ruso, habría sido un disidente. Regresé de viaje con enormes problemas de conciencia con respecto al socialismo. Pero no dije nada públicamente porque todavía no me atrevía a tomar distancia demasiado frontalmente. En cambio, sí lo hice poco después, tras la invasión de Checoslovaquia, que fue para mí muy traumática porque en Praga había habido un intento de hacer lo que muchos intelectuales como yo anhelábamos, es decir de crear un socialismo con libertad, con tolerancia, con pluralismo, con libertad de crítica. La URSS aplastó ese esfuerzo reformista invadiendo Checoslovaquia y para mí resultó especialmente desconcertante que Fidel Castro, que había sostenido reiteradamente que quería un socialismo con libertad, apoyara resueltamente ese acto imperialista que mereció la condena de medio mundo. Publiqué entonces un artículo titulado "El socialismo y los tanques" que me valió ataques de un sector de la izquierda y de la propaganda cubana, pero, a pesar de ello, todavía fui a Cuba una vez más, la última. En ese viaje estuve en una reunión con Fidel Castro, que habló varias horas sin parar durante toda la noche, por supuesto, pero no me convenció. Yo salí de La Habana muy decepcionado. Ya no sentía esa ilusión y esa solidaridad que había sentido antes con la Revolución cubana y era evidente que las instituciones culturales y políticas de Cuba ya no me veían a mí como uno de los suyos.

Mi ruptura definitiva con el castrismo y con la izquierda vino en 1971, con el caso Padilla, que tuvo una repercusión mundial y que partió en dos a la intelectualidad de medio mundo. Heberto Padilla era un magnífico poeta que había ocupado cargos en la Revolución, pero que en 1971, a raíz de algunos escritos, sobre todo su libro "Fuera del juego", que se leyó como una alegoría de la represión del régimen castrista, cayó en desgracia. Fue encarcelado y obligado a hacer una autocrítica pública, acusándose a sí mismo de las peores infamias y acusando a sus amigos de agentes de la CIA, una farsa digna de los procesos de Moscú que causó verdadera conmoción en el mundo intelectual. Un grupo de escritores decidimos publicar un manifiesto cuyo texto me tocó a mí redactar y que salió respaldado por firmas muy importantes, aunque hubo escritores que se negaron a firmarlo y eso puso de manifiesto que había una división entre quienes estaban dispuestos a dar el paso definitivo y quienes preferían evitar problemas con Cuba. Fidel Castro respondió atacándonos ferozmente y prohibiéndonos volver a visitar la isla "por tiempo indefinido", a lo cual respondimos con un segundo manifiesto que esta vez no firmaron algunos de los que habían firmado el primero y que terminó de partir en dos al mundo intelectual.

Esta ruptura me valió una andanada de ataques furibundos y campañas de desprestigio terribles, pero yo sentí, en cierta forma, una liberación: había recuperado mi libertad, es decir la libertad de decir exactamente lo que pienso y de no hacer concesiones en las cosas importantes ni aceptar el chantaje de que ejercer la libre expresión es una forma de dar armas al enemigo. Toda mi evolución política en relación con Cuba y con la izquierda está recogida en "Contra viento y marea", libro que reúne mis artículos de aquella etapa y de años posteriores.

Por otra parte, en esos años yo ya había ampliado mucho mis lecturas, incorporando, por ejemplo, a Albert Camus, gran rival de Jean-Paul Sartre, con quien tuvo sonadas disputas ideológicas en Francia. Me sentí muy identificado con su idea de que la política no se debe apartar de la moral y de que no son los fines los que justifican los medios sino al revés, como explica, por ejemplo, en su libro "El hombre rebelde". Para ser más exacto, ya había leído antes algunas cosas de Camus, pero mi fascinación por Sartre no había permitido hacerle justicia, de manera que, a finales de los años 60, con mis relecturas del autor de "El extranjero", pude descubrir que yo tenía más afinidades con él que con su gran adversario.

Tras mi ruptura con Cuba, otros autores empezaron a influir en mis propias ideas y me ayudaron a transitar hacia la defensa resuelta de la democracia como sistema político. No puedo decir que yo ya era un liberal, sólo que había en mí un rechazo del abuso de poder, el dogmatismo y el uso de atajos para alcanzar la justicia social al precio que fuera que me predisponían hacia las doctrinas que en mi juventud había visto con desconfianza. Autores como Arthur Koestler y George Orwell, con su denuncia del totalitarismo y su idea de que la ideología no justifica la eliminación del pluralismo político, la libertad de expresión y de prensa, el Estado de Derecho y la legalidad entre comillas burguesa, me fueron reafirmando en mis convicciones democráticas. Luego llegaron otras lecturas, como la de Karl Popper, cuya obra maestra, "La sociedad abierta y sus enemigos", que rastrea la historia del historicismo y el totalitarismo desde Platón hasta nuestros días, me deslumbró.

Estas lecturas y otras, que me acompañaron durante los últimos años de la década de los 70', coincidieron con el retorno de la democracia al Perú, país al que había regresado a vivir después de pasar muchos años en Europa. Fue un retorno accidentado porque desde el primer día en que se instaló la democracia, el terrorismo trató de destruirla, principalmente por obra de la

organización maoísta Sendero Luminoso, y un amplísimo sector de la izquierda, lejos de asumir el sistema democrático, trató, directa o indirectamente, de deslegitimar las instituciones del Estado de Derecho, presentándolas como una máscara detrás de la cual se disimulaba la explotación del débil por el fuerte. Yo me involucré en el proceso de consolidación democrática muy públicamente, munido del arsenal de ideas y convicciones que la lectura de algunos de los autores que he citado había ayudado a afirmar en mí. Y algunos críticos han dicho, quizá con razón, que mis obras de ficción empezaron a reflejar, sin proponérmelo de manera muy consciente, pues a la hora de escribir novelas uno utiliza sus demonios inconscientes además de su lado consciente, mi evolución política, por ejemplo, en "La guerra del fin del mundo", un libro sobre la guerra de Canudos ocurrida en Brasil en el siglo 19 y el daño que pueden causar las anteojeras ideológicas, las utopías y el fanatismo político. También mi novela "Historia de Mayta", publicada pocos años después, aborda estos asuntos.

La transición a la democracia permitió que fueran invitados al Perú, entre finales de los años 70 y comienzos de los 80, pensadores liberales como Milton Friedman y Friedrich von Hayek, y que ideas que nunca habían circulado por el país empezaran a tener una cierta presencia. Esto coincidió con nuevas lecturas que enriquecieron mi visión de la democracia liberal y me ayudaron a ser el liberal que soy desde entonces. Mencionaré, especialmente, a Isaías Berlin, cuyos libros me impresionaron y al que dediqué artículos y ensayos. Sus ideas sobre las verdades contradictorias, es decir sobre la incompatibilidad que puede existir entre distintos ideales y por tanto el riesgo de violencia cuando se persiguen objetivos simultáneos en un grado extremo, o su crítica de la visión fanática, excluyente, que lo reduce todo a una sola idea fija, y su defensa del humanismo tolerante y plural, me conmovieron y dieron expresión a muchas de mis propias convicciones. Del mismo modo que las ideas de Ortega y Gasset, otro liberal al que leí por aquel entonces con entusiasmo, con su visión europeísta y antinacionalista, y su crítica del dogmatismo ideológico desde una visión humanista de la historia y la cultura, me ayudaron a dar una forma más cabal a mis propias intuiciones y reflexiones sobre las verdades únicas y las utopías ideológicas.

Como lo expliqué muchos años después en mi libro "La llamada de la tribu", todos estos pensadores y otros más a los que leí con voracidad en aquellos años forman parte de mi biografía intelectual y de mi evolución hacia el liberalismo. De Popper aprendí que el progreso es un largo de proceso de ensayo y error y que la historia no está escrita, sino que la hacen los seres humanos todos los días, así como aprendí mucho de Hayek sobre la lenta y gradual evolución que condujo a la civilización y a las instituciones que nos permitieron alejarnos del colectivismo de la tribu y descubrir la soberanía individual y los derechos de las personas. Entre ellos, como lo demostró Adam Smith, a quien también leí con fascinación, el derecho de propiedad, base fundamental de la sociedad civilizada y del mercado, que hizo posible la sociedad industrial y las grandes revoluciones económicas de la era moderna.

Mis lecturas liberales, en los años 80, coincidieron con una experiencia personal extraordinaria. En esa época volví a vivir en Inglaterra, donde había pasado los últimos cuatro años de la década del 70, pero esta vez bajo el gobierno de Margaret Thatcher, que llevó a cabo muchas de las ideas de libertad económica que para entonces habían ganado terreno en el campo intelectual y político en Occidente. La transformación que experimentó el Reino Unido en esos años la pude ver de cerca con mis propios ojos: bajo la conducción de la Dama de Hierro, ese país, que estaba en franca decadencia, que había sido superado por otras naciones industrializadas de Occidente y donde el Estado había crecido de forma exponencial, donde la empresa privada estaba

maniatada por un sinfín de interferencias y donde los sindicatos habían establecido en los hechos una especie de dictadura, resucitó hasta volver a ser la potencia económica respetada y admirada que había sido en el pasado. La descentralización de las oportunidades, la transferencia de la propiedad y de las responsabilidades a la sociedad civil, es decir a las personas y las familias, y las oportunidades de hacer empresa e invertir en cosas innovadoras gracias a la eliminación de trabas burocráticas y la reducción del peso del Estado, dieron al Reino Unido un impulso extraordinario en el curso de pocos años. Ver en la práctica la transformación del Reino Unido gracias a las ideas liberales fue una experiencia inolvidable.

Cuando a finales de los años 80, por esas cosas inesperadas que tiene la vida, me tocó ser candidato presidencial en el Perú y prepararme para las elecciones de 1990, unas de las primeras cosas que hice fue ir a Londres a visitar a Margaret Thatcher y pedirle consejos, además de decirle que quienes estábamos empeñados en llevar a cabo una transformación liberal en mi país la teníamos a ella como uno de nuestros modelos.

Aunque a la postre no fue exitosa, esa candidatura sirvió para que alrededor de ella se reunieran muchos peruanos deseosos de abrirles un espacio a las ideas de la libertad. Todo había empezado cuando, en 1987, el entonces presidente trató de nacionalizar y estatizar el sistema financiero, es decir todos los bancos y los seguros, y yo, junto con un grupo de amigos, salí a protestar, denunciando que esa expropiación, además de inmoral, sería trágica para el futuro económico del Perú. Para mi total sorpresa, muchos peruanos se levantaron contra esa medida y en poco tiempo surgió un movimiento ciudadano a la cabeza del cual, un buen día, sin habérmelo propuesto, me encontré embarcado. Los tres años que dediqué a esa actividad recorriendo de cabo a rabo todo el país, me sirvieron no sólo para ver de cerca los horrores del mundo político, sino también para difundir, junto con otros peruanos, las ideas liberales, es decir las ideas que hacen de la libertad el principio fundamental en todos los campos: la política, la economía, la cultura. Aunque el movimiento tuvo corta existencia, muchas de esas ideas quedaron sembradas y todavía hoy hay muchos peruanos que se rebelan contra el estatismo y el nacionalismo económico, y que rechazan a los partidos y grupos que representan el marxismo y el socialismo. El buen rendimiento económico que ha tenido el Perú hasta hace pocos años se debe en gran parte a que esas ideas se abrieron camino.

Es interesante constatar, mirando para atrás, que la revolución liberal (en el sentido nuestro de la palabra) que se llevó a cabo en varios países desarrollados en los años 80 tuvo repercusión en muchos países subdesarrollados (lo que hoy se suele llamar países "emergentes"). En Europa central y oriental tras la caída del Muro de Berlín, y en América Latina también desde finales de los años 80, esas ideas reverberaron con mucha fuerza y en algunos casos fueron llevadas a la práctica, por lo menos parcialmente, mientras que en otros casos lograron, por lo menos, un "derecho de ciudad" allí donde antes habían brillado por su ausencia o había estado relegadas en los márgenes del debate intelectual e ideológico. Eso fue posible gracias a la influencia que tuvieron, no hay que olvidarlo, Margaret Thatcher y Ronald Reagan, que por esa misma época llevó a cabo en los Estados Unidos muchas de las mismas ideas. También recuerdo que, gracias a mi amiga Selwa Roosevelt, la legendaria jefa de protocolo de la Casa Blanca, tuve ocasión de conocer al presidente Reagan, aunque mi encuentro con él fue más breve que las reuniones que tuve en distintas ocasiones con Thatcher (una de ellas, por cierto, junto con un grupo de intelectuales entre los que estaban liberales como Isaías Berlin y Hugh Thomas).

Con el tiempo fui sumando a las lecturas ya mencionadas muchas otras que ampliaron la gama de mis mentores y referencias en el campo del pensamiento político. Algunas de esas lecturas fueron de origen latinoamericano. No sería justo dejar de mencionar, por ejemplo, al pensador argentino Juan Bautista Alberdi, autor de varios ensayos visionarios en el siglo 19 y padre de la constitución de 1853 que trajo a su país décadas de prosperidad y modernidad, antes de que los argentinos decidieran destruir todo lo que habían logrado. O a Carlos Rangel, el autor venezolano de "Del buen salvaje al buen revolucionario", un libro en cierta forma precursor, pues fue publicado en plenos años 70, cuando el mundo académico y cultural estaba, en América Latina, totalmente dominado por el marxismo y el socialismo. Él y su esposa Sofía Ímber tuvieron durante muchos años un programa de televisión exitoso que difundió nuestras ideas y tuvo influencia fuera de las fronteras de Venezuela.

A comienzos del nuevo milenio, en 2022 para ser más exacto, un grupo de liberales de distintos países de ambos lados del Atlántico decidimos crear una fundación que fuera algo así como una sombrilla de muchas organizaciones o "think tanks" liberales. De esta manera nació, en Madrid, la Fundación Internacional para la Libertad que he tenido el gusto de presidir durante dos décadas. Aunque el propósito original era que la FIL, como la llamamos, sirviera básicamente para coordinar a otras instituciones y facilitar la comunicación entre ellas, lo cierto es que con el tiempo adquirió un perfil propio y empezó a organizar sus propias actividades en España, América Latina y Estados Unidos, defendiendo resueltamente las ideas liberales y en muchos casos dando un foro y una proyección internacional a líderes que en sus propios países estaban empeñados en llevar estas ideas al gobierno.

Creo, viendo lo que sucede en América Latina, que esta labor es más necesaria que nunca. Porque a pesar del fracaso del populismo durante la primera década del siglo 21, en muchos países esta nefasta corriente que tanto daño hizo a lo largo de buena parte del siglo 20 ha regresado, tanto en su versión dictatorial como en su versión democrática. Ya sea por el fracaso de algunos gobiernos de centro derecha que no se atrevieron a hacer las reformas que había que hacer o que fueron impedidos de hacerlas por oposiciones destructivas y antidemocráticas, o por los efectos devastadores de la pandemia del coronavirus, o simplemente por los malos hábitos de que está hecha nuestra vida política, el populismo ha vuelto a apoderarse de muchos países que parecían encaminados a dejarlo atrás, desde México hasta Brasil, y desde Colombia hasta Chile, aunque entre unos y otros hay, por supuesto, diferencias. Muchas cosas parecerían justificar el pesimismo en América Latina hoy en día, especialmente esta perseverancia en el error y esa terrible incultura política que nos lleva con frecuencia a votar por opciones que nos ofrecen repetir los terribles fracasos del pasado.

Dicho esto, hay algunos síntomas saludables de reacción frente al populismo por parte de muchos latinoamericanos. Hemos visto la derrota del correísmo en Ecuador y antes la caída de Pedro Castillo en el Perú, cuando intentó llevar a cabo un golpe de Estado para instalar un régimen autoritario más en nuestra historia. Y, por supuesto, hemos visto que los electores chilenos impidieron en las urnas que se adoptara en ese país, el más avanzado de la región, una nueva Constitución que en los términos en que estaba hecha hubiera significado un retroceso para los chilenos y probablemente la desaparición de lo que se conoce como el "modelo chileno".

Hasta hace algunos años tuve la esperanza de que ese modelo se expandiera a toda la región gracias a la Alianza del Pacífico, un acuerdo de cuatro países -México, Colombia, el Perú y Chile-

que tenían una orientación similar y que querían dejar atrás el subdesarrollo adoptando todas las posibilidades que ofrece la modernidad a través de la democracia liberal, el Estado de Derecho, la libre empresa, el libre comercio y la globalización. Pero lamentablemente ese proyecto se ha visto truncado por la deriva populista de muchos de los países miembros y el retorno de buena parte de América Latina a las malas ideas.

Nada de esto significa, por supuesto, que debamos resignarnos o abandonarnos al derrotismo. Felizmente, como nos enseñaron nuestros maestros liberales, la historia no está escrita y por tanto todo esto es reversible. Pero para ello será necesario seguir batallando a favor de las ideas de la libertad, convencidos de que sólo ellas traerán el desarrollo a América Latina, como lo han hecho en regiones del mundo con mucho menos recursos naturales y que parecían condenadas para siempre a la pobreza y el fracaso.

Muchas gracias.